

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

TOMO XXIII



C. S. I. C.
1986
MADRID

**ANALES DEL INSTITUTO
DE
ESTUDIOS MADRILEÑOS**

Tomo XXIII

**CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS
MADRID, 1986**

SUMARIO

	<u>Páginas</u>
ACTIVIDADES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS	
Memoria de actividades del Instituto de Estudios Madrileños	9
ESTUDIOS	
Arte	
Francisco de Mora remata en 1598 la Torre de la Tapicería del Alcázar Madrileño, por <i>Luis Cervera Vera</i>	15
Las ermitas del Buen Retiro, por <i>José del Corral</i>	27
Proyecto de vivienda por Juan Gómez de Mora, por <i>Inocencio Cadiñanos Bardeci</i>	37
Los aposentos laterales del Corral de Comedias del Príncipe, por <i>John J. Allen</i>	39
Nuevos datos sobre la antigua puerta del Real Sitio del Buen Retiro, por <i>Teresa Zapata Fernández de la Hoz</i>	45
Los pintores madrileños y la cofradía de Nuestra Señora de los Siete Dolores, por <i>Pilar Moreno Puertollano</i>	51
Mesonero Romanos y la crítica de arte, por <i>Francisco José Portela Sandoval</i>	69
El panteón Guirao, de Agustín Querol, en la Sacramental de San Isidro, por <i>Carlos Saguar Quer</i>	79
Proyectos no realizados en los Jardines Madrileños Decimonónicos, por <i>M.^a del Carmen Ariza Muñoz</i>	87
Ante el retrato de Don Evaristo San Miguel, por Federico de Madrazo, por <i>Enrique Pardo Canalis</i>	99
El Colegio de Doña María de Aragón: Historia y Datación de su Fábrica, por <i>M.^a Jesús del Olmo, Natividad Sánchez Esteban y Joaquín Montilla</i>	105
Biografía	
Boceto para una biografía profunda: "La Infanta Isabel, dos veces Princesa de España", por <i>Francisco Azorín</i>	123
Fiestas y costumbres	
Las cacerías en la provincia de Madrid en el siglo XVI según el "Libro de la Montería de Alfonso XI", por <i>Gregorio de Andrés</i>	147
Historia	
Entrada triunfal de la Reina Mariana de Austria en Madrid el día 15 de noviembre de 1649, por <i>Carmen Sáenz de Miera Santos</i>	167
Felipe, IV fundador de los Estudios Reales, por <i>José Martínez de la Escalera, S. J.</i>	175
Industria y comercio	
La Real Fábrica de Cristales y Espejos de Madrid, por <i>María Jesús Callejo Delgado</i>	201

	<u>Páginas</u>
El Gremio de Pasamaneros de Madrid en los siglos xvii y xviii: Estudio Histórico Artístico y Jurídico de su organización corporativa, por <i>Angel López Casán</i>	207
Una tienda de telas en la Puerta de Guadalajara en tiempos de Felipe II, por <i>Antonio Matilla Tascón</i>	227
Literatura	
Un poeta menor del siglo xviii, Don Fermín de Sarasa y Arce, por <i>Antonio Serrano de Haro</i>	239
Organización religiosa	
La organización eclesiástica del Madrid de la Ilustración, por <i>Gloria A. Franco Rubio</i>	271
El Cardenal Lorenzana crea nuevas parroquias y vicarías en su Archidiócesis, por <i>Fernando Jiménez de Gregorio</i>	289
Sociología	
Algunas noticias sobre la vida diaria en la cárcel de Corte de Madrid: La visita de 1588-89, por <i>Alfredo Alvar Ezquerro</i>	309
Gusto artístico y mentalidad burguesa en el Madrid de la segunda mitad del siglo xix. La aportación de los inventarios post-mortem, por <i>M.^a Pilar Corella Suárez</i>	333
Mentalidad religiosa, ritos funerarios y clases sociales en el Madrid decimonónico, por <i>Federico Ponte Chamorro</i>	351
La crianza de los niños madrileños abandonados en el siglo xvii, por <i>Claude Larquie</i>	363
Equipamientos para ancianos en la capital madrileña, por <i>Josefa Salvador Hernández</i>	385
Urbanismo	
Los paseos madrileños de Recoletos y del Prado de San Jerónimo anteriores al reinado de Carlos III: Proyectos de Juan Díaz, Juan Gómez de Mora, Pedro de Sevilla, Ardemans, Ribera y J. B. Sachetti, por <i>Matilde Verdú Ruiz</i>	399
Alumbrar o deslumbrar: la implantación del alumbrado eléctrico en el Madrid de fines del siglo xix, por <i>Julio Simó Ruescas</i>	431
Semblanza de madrileñistas	
D. Cayetano Rosell y López, por <i>Alicia Moreno Pato</i>	441
Cien años de la Villa y Corte a los ojos de un fotógrafo, por <i>Juan Miguel Sánchez Vigil</i>	453
TEXTOS	
Entrada y salida de la Plaza Mayor, por <i>Ramón Gómez de la Serna</i>	471
INFORMES	
Informe acerca de las obras realizadas en el solar contiguo a la Puerta de la Vega, por <i>Manuel Montero Vallejo</i>	483
BIBLIOGRAFIA	
Aproximación bio-bibliográfica y documental a Teresa Valle de la Cerda, fundadora del convento de Benedictinas de la Encarnación de Madrid, vulgo "San Plácido", por <i>M.^a Isabel Barbeito Carneiro</i>	491
Algunos impresos madrileños raros de la segunda mitad del siglo xvii, por <i>José Simón Díaz</i>	517

**BOCETO PARA UNA BIOGRAFIA PROFUNDA:
«LA INFANTA ISABEL, DOS VECES PRINCESA DE ESPAÑA»**

Por FRANCISCO AZORÍN

Sucede con cierta frecuencia que determinados aspectos de una personalidad, por su simpatía o brillantez, atraen con gran fuerza a sus biógrafos, en detrimento de los restantes, que quedan muy oscurecidos en su tratamiento. Esto ha ocurrido con los que se han ocupado de la polifacética figura de la Infanta Isabel, «la Chata» para los madrileños, ya que su popularidad ha sido la nota demasiado predominante en sus comentarios, relegando injustamente a la mujer casada por razones de Estado; a la que, iniciado su matrimonio, lo ve pronto trucado por el suicidio del enfermizo esposo; a la diligente madre de sus hermanas; a la prudente administradora de Palacio; a la protectora de artistas; a la fervorosa amante de la música; a la viejecita que deja a su tan querido Madrid para ir a morir, en un exilio que nadie le impuso; pero, sobre todo, a la que por dos veces fue heredera del trono español, con lo que ello significó en su formación e influyó en el transcurso de su existencia. Recabar el interés de futuros biógrafos por estos aspectos más desatendidos es el principal impulso que me ha movido a redactar este boceto.

Por otro lado, la bibliografía que trata del tema de forma monográfica es escasa y, a veces, no muy rigurosa. Hay, eso sí, un gran número de textos que aluden a la Infanta Isabel, más o menos extensamente, pero sólo como un personaje más, y no de los extraordinariamente relevantes, dentro de ese panorama histórico que abarca desde 1851 a 1931. Ochenta años de nuestra reciente y apasionada Historia, pero, también, ochenta años de la vida intensa de una mujer, con todos los amplios matices del alma femenina: poder, dolor, amor maternal frustrado, halago del clamor popular hacia ella y —¿por qué no?—, asimismo... soledad.

Hecho trascendente

Isabel II había nacido a las cuatro y cuarto de la tarde del domingo 10 de octubre de 1830. Fue proclamada mayor de edad, anticipadamente, por las Cortes el 8 de noviembre de 1843. Contrajo matrimonio en la noche del 10 de octubre de 1846 con el infante don Francisco de Asís, en la misma fecha y acto en que lo realizaba su hermana Luisa Fernanda con don Antonio de Orleáns, duque de Montpensier, hijo menor del monarca francés Luis Felipe. Al día siguiente se celebró la misa de velaciones en la basilica de Atocha ¹. El matrimonio se acordó con la oposición de los contrayentes, y el propio don Francisco había animado, antes de su celebración, al conde de Montemolín a que fuera él quien se casara con la Reina. Doña Isabel y don Francisco eran primos hermanos por partida doble, ya que sus padres y sus madres eran hermanos y hermanas, respectivamente. Los hijos de los nuevos esposos llevarían el apellido Borbón repetido hasta ocho veces. Los descendientes del matrimonio fueron nueve, aunque Almagro San Martín afirma que ocho ², mientras que Pierre de Luz —tan conocedor de los medios diplomáticos— asegura que fueron diez los vástagos. El 13 de febrero de 1850, a los cinco meses de gestación, se comunicó, oficialmente, el embarazo de la Reina. El 11 de julio se iniciaron los dolores del alumbramiento, que no se produjo hasta las cuatro de la tarde del día siguiente ³.

El Mayordomo Mayor, marqués de Alcañices, comunicó a la Corte: «Su Majestad acaba de dar a luz un príncipe». Pero, poco después, fallecía el recién nacido, siendo entonces el duque de Valencia el encargado de notificarlo, presentando el cadáver infantil. Tras el desfile ante él del cuerpo diplomático y el reconocimiento y testificación de los facultativos, y con igual ceremonial con que lo sacaron del aposento regio, fue devuelto al mismo.

Días más tarde se publicó en *La Gaceta* una extraña comunicación, redactada en lenguaje ambiguo, firmada por el marqués de Alcañices, y fechada el 14 de julio, en la que se desmentían rumores, al parecer emitidos en diferentes escritos. Su texto, anfibiológico, dio lugar a las más atrevidas y disparatadas hipótesis; asesinato por un carlista o por el duque de Montpensier ⁴, actitud equívoca del rey Francisco, motivada por las dudas sobre su paternidad ⁵. Todo ello, rotundamente falso, pero seguimos sin la explicación que aclare el insólito comunica-

¹ LUIS CORTÉS ECHANOVE: «Nacimiento y crianza de las personas reales».

² En su «Crónica de Alfonso XIII y su linaje» afirma, en la pág. 27: «por arte de birlibirloque dio a luz nada menos que ocho hijos».

³ ARCHIVO PALACIO REAL. Legajo, «Preñados y partos. Preñado y parto de S.M. la Reina Isabel II. 1850».

⁴ JOSÉ MARÍA ORTEGA MOREJÓN: «Doña Isabel de Borbón, Infanta de España».

⁵ LUIS CORTÉS ECHANOVE: Obra ya citada.

do y que es de esperar se esclarezca definitivamente en una posterior investigación.

No terminan aquí las cosas raras que ocurrieron referentes al nacimiento de este primer vástago real, ya que también existen dudas sobre el nombre que se le puso al recibir el agua de socorro, puesto que, según el Instituto Gallach⁶, fue el de *Luis*; Araujo Costa opina que se le llamó *Fernando*⁷, y Lafuente Ferreira, que se le denominó *Luis Fernando*⁸. En su enterramiento se expresa solamente: «PRINCEPS ELISABETH II, FILIUS. OBIT UT PRIMUM NATUS».

Hemos relatado lo que antecede porque nos parece que influyó profundamente en la existencia de Isabel, ya que por esta prematura muerte del primer hijo del matrimonio real, ella, al nacer la segunda, se transformaba automáticamente en la heredera del Trono, con todo lo que esto significaba, ya que hay marcadas diferencias entre la crianza y educación de una princesa y la de una simple infanta. Por este hecho, la vida de «la Chata» quedaría marcada, influyendo decisivamente en su carácter y actitud ante la vida.

Nacimiento

Más tarde, el 14 de julio de 1851, el primer médico de Cámara comunica que Su Majestad había entrado en el quinto mes de su segundo embarazo y, enseguida, toda la máquina oficial se pone en marcha para disponer los preparativos. En las catedrales y en los numerosos conventos, colegiatas y capillas de que eran protectores los Reyes, se inician las preces de rigor para que se realice el esperado alumbramiento con la mayor felicidad. A los gentileshombres se les ordena preparen su *uniforme grande* (el más rico de los tres reglamentarios) para vestirlo en el acontecimiento que se avecina.

El paso del tiempo acelera el ajeteo palaciego. En octubre la Reina ordena que, en la parte de los jardines del Buen Retiro reservada a la familia real, se instalen las camas de crías de repuesto o de *retén*, al servicio de Palacio, en la casa denominada «La Pajarera», cuya descripción debemos a don Carlos Luis de Cuenca, escritor festivo y gentilhomme de S. M.⁹. Mientras tanto se inicia la búsqueda de nodrizas, que en esta ocasión se extiende a casi todo el norte de España y, tras una escrupulosa selección, se excluyen las encontradas en las

⁶ En la *HISTORIA* publicada por esta entidad, se encabeza la relación completa de los hijos de Isabel II con un «Luis, que murió al nacer».

⁷ LUIS ARAUJO COSTA: «Hombres y cosas de la Puerta del Sol».

⁸ «Iconografía de la Infanta Isabel», artículo publicado en *Arte Español*, revista de la Sociedad de Amigos del Arte. Tomo XVIII, tercer cuatrimestre 1951.

⁹ Artículo publicado en *El Debate*, el domingo 6 de junio de 1926, dentro de la serie: «Cosas del Madrid viejo».

provincias de Santander, Zaragoza y Navarra. María Sabater de Plandevall queda como ama de repuesto, siendo elegida por el médico de Palacio, don Pedro Gily, como primera nodriza, la bella María Agustina Larrañaga, natural de Motrico (Guipúzcoa), residente en Azcoitia, localidad de la misma provincia vascongada, de veintitrés años de edad y casada con don Juan Bautista Zabaleta, de familia hidalga ¹⁰. La Princesa tanto se aficionó a ella que, al concluir la lactancia, la nodriza se despidió no sin haber recibido sus emolumentos y haber sido obsequiada con generosos presentes, pero tuvo que seguir residiendo en Madrid durante varios años, al manifestar la niña su hondo pesar por la marcha de la que, en estos primeros meses de vida, la había amamantado. A María Agustina la pintó, excelentemente, don Federico Madrazo en un cuadro que permaneció en la sala de espera del Palacio de Quintana ¹¹ hasta que doña Isabel, su dueña, ya sólo Infanta y muy viejecita, lo dejó en 1931 para emprender un viaje que no tendría regreso. La nodriza sí que llegó a octogenaria, pues falleció en 1909.

La idea de fundar un hospital en la zona norte, con los mayores adelantos, patrocinada por el Gobierno del general Narváez, había tropezado con dificultades y las consiguientes dilaciones, pero al saberse el segundo embarazo de la Reina se pensó en poner la primera piedra del citado centro sanitario, con motivo de las fiestas que se preparaban, esperando que tuviera un descendiente que fuera varón ¹². Será llamado el Hospital de la Princesa.

Y llega al ansiado momento ¹³. Ya se han recibido en Palacio las reliquias de costumbre. La Reina, en la mañana del 19 de diciembre de 1851, despacha con don Juan Bravo Murillo, a la sazón presidente del Gabinete. Al concluir la reunión comienza a sentir las molestias previas al parto —que durarán la noche y parte de la mañana siguiente— y se instala en la habitación que después fue alcoba de la reina Victoria Eugenia. La asisten los doctores don Juan Drumen ¹⁴ y don Diego Solís. Mientras, en el salón alargado, cuyos dos balcones dan a la Plaza de la Armería y que antes fuera Real Biblioteca, la Corte permanece en espera tensa, que no es óbice para que algún gentilhombre descabece un sueño.

Once horas y diez minutos de la mañana del día 20. Se escucha un lloro infantil en la alcoba regia. El alumbramiento se ha realizado con toda felicidad. Ha sido una niña y, por ello, en el ambiente se palpa cierto desencanto. El protocolo se impone: hay que hacer el acto de la presentación oficial de la recién nacida a

¹⁰ En la obra citada de ORTEGA MOREJÓN el autor se equivoca al creerla pasiega y darle el nombre de María.

¹¹ GRACIÁN GARCÍA DE LA MONTAÑA: «La Casa de la infanta de España, doña Isabel de Borbón».

¹² J. ALVAREZ SIERRA: «Los hospitales de ayer y de hoy».

¹³ En esta fecha —19 de diciembre de 1851— se inaugura la calle que, para celebrar el natalicio, se la denomina «de la Princesa».

¹⁴ FEDERICO BRAVO MORATA en su obra: «Los nombres de las calles de Madrid», comenta: «Drumen fue en cierto modo un médico español que podía codearse con los más prestigiosos de Europa... Murió el 6 de febrero de 1886, a los sesenta y siete años de edad».

las autoridades y a los palaciegos; se la acomoda en una colchoneta de raso blanco, con ricos encajes, colocada sobre una bandeja de plata. Intervienen en el acto: el Rey, el abuelo paterno, el duque de Montpensier y el presidente del Gobierno, que es el encargado de descubrir el cuerpo de la niña. Hay un testimonio pictórico de este momento de la presentación —que se conserva en Palacio— debido al pincel de Rafael Díaz de Benjumea, en el que figuran unos cincuenta asistentes y, entre ellos, sólo una mujer: la marquesa-viuda de Pomar, que hacía unos meses había sido nombrada aya; figura, de espaldas y en primer término, el nonagenario general Castaños.

Al día siguiente se verifica el solemne bautizo de la princesita en la Capilla Real, imponiéndosela los nombres de María Isabel Francisca de Asís; actuando de celebrante el Primado de Toledo y siendo los padrinos el abuelo paterno, Infante don Francisco de Paula, y la abuela materna, la Reina Madre, doña María Cristina.

El 2 de febrero de 1852, después de la *Misa de Parida*, celebrada en la Capilla Real, desfila Isabel II con su comitiva para salir de Palacio y dirigirse a Atocha para presentar a su hija a la Virgen, según tradicional costumbre. De pronto, entre el público que en ambos lados de las galerías presencia el espectáculo —en el que la Princesita, en brazos de su aya, pone una nota de ternura— surge el sacerdote don Martín Merino que, simulando entregar un memorial a la Reina, puñal en mano, la hiere en el pecho, del que brota abundante sangre. Las ballenas del apretado corsé, con las que tropieza el arma, evita la muerte de Isabel II.

El haberse descrito infinidad de veces los detalles de este atentado, así como la índole del presente trabajo, me relevan de hacerlo en esta ocasión, pero sí quiero señalar: *por su valor histórico*, que los estudios realizados modernamente confirman que el correspondiente proceso se realizó con excesiva y premeditada rapidez, especialmente en el examen psiquiátrico del acusado —punto neurálgico de la cuestión juzgada— realizado durante sólo media hora y por los médicos de la prisión, carentes de la precisa especialización ¹⁵, y *por su carácter anecdótico*, que el hecho se realiza en una fecha, 2 de febrero de 1852, donde el número 2 tiene, curiosamente, un destacado protagonismo, ya que sucede el segundo día del segundo mes de la segunda mitad del segundo siglo de la instalación de los Borbones en el trono de España (1700). Por si fueran pocas estas circunstancias, se daba el caso de que el mencionado sacerdote vivía en Madrid en la calle de Arco de Triunfo, 2, piso segundo.

Ya tenemos a María Isabel en su primera época de heredera del trono. Va a durar seis años. Pero, ¡qué importancia tienen estos seis primeros años de la vida!

¹⁵ JOAQUÍN OLTRA: «El proceso contra el cura Merino», artículo publicado en el n.º 48 de la revista *Historia y Vida* Septiembre 1971.

Infancia

A primeras horas de la tarde del 3 de marzo de 1852, monseñor Brunelli, nuncio extraordinario de Su Santidad, en el Palacio Real entrega a la Princesita las fajas benditas y otros obsequios de Pío IX. Los monarcas reciben solemnemente al enviado, en el Salón del Trono, acompañados de los miembros del Gobierno y de altos dignatarios. En las palabras pronunciadas por el legado hay una clara alusión para que se eduque a la niña «inspirándola sentimientos de santidad y justicia»¹⁶. Estos presentes confirman las buenas relaciones existentes entre el Vaticano y el Gobierno español, que Isabel II mantiene con tenacidad durante su reinado, así como las de carácter familiar con el Pontificado, durante su exilio.

«Su Alteza» es una de las primeras voces que escucha de los que la rodean y, también, «princesa». No entiende muy bien el significado de estos vocablos, pero sí se da cuenta de que los pronuncian con respeto hacia ella; es como si la consideraran algo diferente de los demás, y ello hace que «se sienta importante» (tendrá esta sensación, pese a a todas las vicisitudes, durante toda su vida). Hasta en ocasiones —en una de esas veces que creemos que los niños pequeños son sordos e idiotas— escucha también: futura *reina*, con toda la magia que tiene este nombre para la mente infantil. Por eso, cuando la Camarera Mayor le señala con disgusto: «¡Esa postura...!», la niña, instintivamente, acepta enseguida la corrección, se yergue y camina con mayor lentitud.

Su madre... es la Reina, algo lejano, que tal vez admira, pero que no quiere con exceso. Lo próximo, los que comparten su vida son: su aya, la ya mencionada marquesa-viuda de Pomar; la Camarera Mayor, marquesa de Malpica; su directora de estudios, la marquesa viuda de Calderón, y su compañera de juegos y tareas, Lolita Balanzat Bretagne, que más tarde se casaría con don José Nájera, marqués de este mismo nombre, y cuya amistad permanecería invariable y aun fortalecida con los vaivenes del tiempo.

Su padre, Francisco, es para ella algo más inmediato, y tal vez supone que necesitado de ayuda; por ello, a él se dirigen las preferencias de su afecto; de él hereda y copia su amor por los animales y su inclinación hacia los artistas.

En Palacio se habla excesivamente de militares, de paradas, de pronunciamientos¹⁷. Cuántas veces desde la terraza que da a la Plaza de la Armería han contemplado, absortos, los ojos de la pequeña Princesa las evoluciones de los soldados con sus vistosos y variados uniformes que, desde la altura, semejan soldaditos de juguete. Luego, a la tarde, tras las tareas docentes, se reúne con su

¹⁶ En el n.º 6464 de la *Gaceta*, correspondiente al jueves 4 de marzo de 1852, se detalla profusamente el acto.

¹⁷ El 28 de junio de 1854, se produce la «vicalvarada», inspirada por el General O'Donnell.

LÁMINA I



amiga Lolita, que desea jugar a las muñecas, pero María Isabel frunce el ceño y manda que le traigan su colección de soldaditos de plomo. A las muñecas se las cuida... a los soldaditos, se los manda; las muñecas lloran... los soldados, obedecen. (Aquellas muñecas de Lolita que entonces tenía que esconder para no excitar la ira principesca, al cabo del tiempo se guardaban amorosamente en viejos anaqueles por la ya entonces Marquesa de Nájera en las habitaciones de la planta baja, que ocupó hasta su muerte, en el aludido palacio de la calle de Quintana.)

Nos ayuda a evocar a la Princesa, dentro de ese período vital de la *segunda infancia*, a los tres años aproximadamente, contemplando el cuadro de Francisco Javier de Mendiguchía ¹⁸, que refleja un paseo por el coto reservado de la Casa de Campo. La niña avanza vestida de rosa, con traje de volantes y capotitas con largas cintas. La siguen sus acompañantes: ellas, con manteleta y capota, y ellos vestidos de frac; detrás, los criados de casaca y dorados cordones, llevando el juguete infantil: una carretela diminuta.

Rumores, siempre rumores en Palacio. La noticia que se murmura a media voz es el nuevo embarazo de la Reina. Alguien comenta a la niña: «¿Sabes que vas a tener una hermanita, o tal vez un hermanito?». La chiquilla, como a todos los de su edad, en circunstancias parecidas, no le hace mucha gracia el anuncio; además, intuye que con él va a cambiar su vida y se refugia en sus animales, en su perrita de lanas. Acompañada de ella la retrata Bernardo López, hijo del famoso pintor, Vicente ¹⁹.

El 28 de noviembre de 1857 se representa en el Teatro de la Zarzuela la obra del género musical de idéntica denominación «Los Magyares» cuando, a mitad del acto tercero se interrumpe la representación y un portavoz de la Empresa anuncia al público que la Reina había dado a luz un varón, a las diez y cuarto de aquella noche. Una gran ovación acoge la noticia.

Matrimonio absurdo

El nacimiento del nuevo heredero de la Corona lo recibe, sin embargo la ahora Infanta Isabel —tras unas primeras semanas de lucha interior— con un afecto que va *in crescendo*, porque va dirigido hacia alguien que es débil por su pequeñez, que hay que amparar, y eso, proteger, a ella siempre se la dará muy bien. Baja del escalón de su categoría regia, pero enseguida robustece la nueva situación, valorizando su condición de *hermana mayor*, que institucionalizará con esa su gran facilidad que tiene para hacerlo, cuando algo le conviene. Y ésta

¹⁸ Discípulo de Carlos Ruiz de Ribera. Nació en 1828.

¹⁹ ANTONIO LAFUENTE FERRARI. Artículo ya citado, publicado en *Arte Español*

es su postura durante los diversos viajes que se realizan a distintas provincias para la presentación oficial del Príncipe Alfonso.

En la Corte, el ambiente se enrarece más ante los casi continuos cambios políticos. La Infanta entra en la adolescencia y lo observa todo con su natural perspicacia. La palabra *amor* le dice poco; la separación cada vez mayor de sus padres y la condición de viudas de las personas que intervienen más directamente en su educación, en verdad que no es un acicate para comprender bien término tan fundamental en la vida del ser humano. Consume toda esa energía que rebosa en ella, en el ejercicio de la equitación que pronto ejecuta con verdadera maestría y son cotidianas sus cabalgadas matinales por El Pardo y por la Casa de Campo. Cuando llega el momento no le hace ascos para intervenir en monterías o en jornadas dedicadas a la caza (enfrente del palacio de la calle de Quintana existió hasta 1931 el edificio en que se hallaban enclavadas sus caballerizas: cuatro caballos españoles, seis argentinos, dos de otras procedencias, siete jacas de tiro y dos yeguas de montar; por otra parte, dos *milords*, dos *berlinas*, dos *landeaux*, dos *jardineras*, un *dumond*, un *piler* y un *charrete*. Todo ello bajo la astuta vigilancia de Ceferino Afuera, el conocido cochero —también denominado «rey de la fusta»— pero, sobre todo, castizo y leal, muy leal a la persona de la Infanta)²⁰.

Como contrapunto espiritual —y eso sí que ello lo ha heredado de ambos progenitores— cada día le apasiona más la música, que estudia bajo la experta dirección del profesor don Francisco Frontera, convirtiéndose pronto en una excelente pianista.

«Pero... si es todavía una chiquilla, que no ha cumplido los diecisiete años», «si no se quieren ni sienten atracción mutua los futuros esposos». No importa, la Reina ha decidido ya firmemente el enlace y ni siquiera tiene en cuenta lo ocurrido en su propio y desgraciado matrimonio: la Infanta se casará con el príncipe Cayetano María Federico de Borbón, conde de Girgenti, hermano menor de Francisco II, rey destronado de Nápoles. ¿Razones? Esencialmente, la sinrazón de la voluntad de Isabel II; si acaso, también, su innato romanticismo que desea convertir la boda proyectada en un simbólico homenaje a la dinastía en desgracia, que ha sido sacrificada a la obtención de la unidad italiana. ¿Hubo, asimismo, consejo del propio Vaticano, verdadero perdedor de la mencionada empresa política, o de la intrigante Sor Patrocinio? Entra ello dentro de lo posible.

El enlace se celebra el 13 de mayo de 1868 (año decisivo para la Corona) en la Capilla de Palacio. Alguien comenta algo así como que «aquello no era la fiesta de una boda regia, sino los funerales por una monarquía». La misa de velaciones tiene lugar, como es tradicional, en la Basílica de Atocha.

²⁰ GRACIÁN GARCÍA DE LA MONTOYA: Obra ya citada.

El viaje nupcial se inicia el día 18. Lo primero, ir a visitar al Pontífice. La Infanta se lleva con ella a su perrita «Fly», pero no a su séquito, ni siquiera a la fiel Lolita Balanzat, ya que el marido impone su sustitución por otro designado por su familia, en el que figura *mudame Congosto*²¹. En Roma les sorprende la noticia: la sublevación que ha estallado en el sur peninsular está triunfando, y sus huestes, al mando del general Serrano, se prestan a dar la batalla decisiva a las tropas isabelinas, dirigidas por el general Novaliches. El conde de Girgenti, coronel de húsares, no se lo piensa, deja a la recién casada en la Ciudad Eterna y parte para integrarse en las fuerzas realistas. Cayetano, en lugar del obligado «¡Viva la Reina!», grita en sus alocuciones militares, con desparpajo italiano: «¡Viva mi suegra!»

El 29 de septiembre tiene lugar la batalla de Alcolea, incierta en el aspecto bélico, pero determinante en el carácter político, ya que tiene como resultado el destronamiento de Isabel II. A las seis de la mañana del día siguiente, la ex-Reina, que se halla ya en San Sebastián, da la orden de preparar el viaje para salir a las diez con dirección a Francia. Comienza así el exilio de la Real Familia.

Tragedia en Lucerna

(Llegamos a esa etapa fundamental y apasionante de la existencia de la Infanta que fueron los años vividos fuera de España, desde Alcolea, 1868, hasta su regreso a España, motivado por la restauración borbónica, 1875. Y precisamente sobre este período tenemos, casi exclusivamente, el comentario amplio de la mencionada obra de José María Ortega-Morejón y algunos que se refieren al mismo de forma tangencial. De ahora en adelante será preciso trabajar en subsanar esta laguna documental si queremos que aflore con nitidez la psicología de la Infanta en cualquier futuro intento biográfico que se desee realizar con el necesario rigor.)

Se halla la Infanta residiendo en la Legación de España cuando conoce la decisión de su madre de atravesar la frontera francesa. Inmediatamente se traslada a la casa de la tía de su esposo, la condesa de Aguila, residente en París, donde se reúne el matrimonio, que poco después marcha a Inglaterra. En el viaje, ocupando un vagón del expreso, el conde de Girgenti sufre el primer ataque epiléptico, delante de su joven esposa, quien, aterrada, le atiende como puede y, al volver en sí el enfermo sin que recuerde nada, le oculta lo ocurrido. Bajo la niebla británica y al paso de los días, la Infanta se entristece profundamente al comprobar que su marido no se recupera y que la enfermedad se intensifica con complicaciones agudas de carácter depresivo.

²¹ Alsaciana, no mal parecida, bien educada y casada con un joyero de Nantes.

Un breve oasis de felicidad para el matrimonio supone su reencuentro con Isabel II que, acompañada de las tres infantitas —Pilar, ocho años; Paz, siete, y Eulalia, cinco— se ha refugiado en Ginebra, huyendo de los tumultos de la Comuna parisina, instalándose en el cordial Hotel de la Paz. Son unas semanas de juegos, de alegre vivir, pero eso, sólo unas semanas. La Infanta se establece con su esposo en la ciudad suiza de Lucerna. La situación económica doméstica no es muy desahogada, ya que el conde «no tocó jamás la dote de su mujer porque le horrorizaba que se pensara que se hubiera casado por el interés»²².

La enfermedad progresa, sumiendo al joven italiano en una aparente abulia que trata de cubrir la desesperación que le atenaza. Llega la noticia, desde París, que el día 25 de junio de 1870, en el Palacio de Basilewski —conocido por los españoles como Palacio de Castilla— la reina Isabel II ha abdicado solemnemente la Corona española en la persona de su hijo Alfonso de Borbón, que se halla estudiando en el colegio teresiano de Viena. De esta manera, nuevamente, la Infanta Isabel recobra el derecho al Principado de Asturias.

Una mañana, el enfermo aprovecha la ausencia de Isabel y tras ordenar bruscamente a Mme. Congosto que le deje solo —lo que hace a ésta sospechar—, abre la ventana y subido a una silla intenta lanzarse a la calle, lo que impide la camarista sujetándole fuertemente por la pierna.

Sin embargo, el suicidio frustrado se consuma el 26 de noviembre de 1871: cuando la Princesa permanece en cama a causa de un fuerte resfriado. El conde despide a sus ayudantes. Suena una detonación seca. En el suelo del despacho de halla tendido el cadáver, que conserva en su mano el revólver. Pronto llega a la habitación Isabel. Dos frases expresan su dolor: «¡Dios mío! ¡Cayetano!» Su recio carácter domina la pena y dispone las órdenes convenientes para que se efectúe el embalsamamiento e inhumación del desgraciado conde. La Iglesia no se opone —contradiendo su postura con la mantenida en otros casos similares— a la celebración de las fúnebres ceremonias religiosas.

La viuda no ha cumplido aún los veinte años. Es hija y nuera de reyes destronados. Tiene que seguir caminando, pero esta tragedia familiar ¿cómo tuvo que influir en su futura actitud ante la vida!

La Princesa viuda

Tras una breve estancia en Munich, donde acompañada de la archiduquesa Raniero —pariente del esposo fallecido— se reúne con la madre y las hermanas. Isabel y sus hijas abandonan la ciudad alemana y emprenden el regreso al Pala-

²² Carta de la infanta doña Paz.

cio de Castilla. No muy lejos, en Epinay, se ha instalado el ex-Rey don Francisco de Asís, para rumiar nostalgias y frustraciones; muy próximos se alzan los muros tristes del cementerio de San Dionisio, el antiguo panteón de los reyes de Francia ²³.

Hacemos un breve aparte en nuestro relato para aludir a una anécdota que recoge Julián Cortés Cavanillas, tan interesado siempre por el detalle ²⁴. Se refiere a que la primera noche en que la familia real durmió en el mencionado Palacio de Castilla, hubo que hacerse diversas improvisaciones, por lo que las infantitas tuvieron que dormir en el suelo sobre unos simples colchones. El comentarista dice que la grey infantil, ante la novedad para ella de la situación, se lo pasó a lo grande.

Isabel, que en las difíciles horas de su hogar en Lucerna, había recibido con indiferencia la noticia de su nueva y preeminente situación, ahora, en París, ya remansado su dolor, se responsabiliza plenamente de sus deberes como heredera del trono —cosa no fácil en este Palacio de Basilewski donde se siguen agitando turbias intrigas— sin olvidar en ningún instante su papel —para ella muy importante— de *hermana mayor*.

En el primer aspecto, con esa perspicacia suya tan característica, entre las diversas opciones que se ofrecen para una pronta y rápida Restauración, apuesta decididamente por la del *tándem* Cánovas-Alcañices como la única capaz de llevar a buen puerto dicha empresa política y, sobre todo, de sustentarla con bases de verdadero futuro. El estadista malagueño, con su verdad y su gracejo, atrae a su causa a la Princesa, quien, ayudada por el marqués, va desbrozando el camino, apartando los obstáculos que se han levantado en nombre de falsas lealtades a la Reina Isabel. (Es ésta una de las facetas de la joven viuda, más ignorada, a pesar de su indudable interés histórico.)

Todo esto no le impide dedicar el tiempo necesario a sus hermanos. Por un lado, a Alfonso, todavía rey de derecho, pero no de hecho, por lo que aún hay que ayudarle a que lo sea (*ayudar*, ¡cuánto le gusta este vocablo!). Con él mantiene una curiosa correspondencia donde, en la información que le va facilitando, le sugiere, también, normas de conducta.

Por otra parte, es constante su amoroso cuidado hacia las infantas que acuden para su educación al linajudo Colegio del Sagrado Corazón. Son las tres tan distintas: Pilar, la de los tristes destinos; Paz, la bondad personificada, y Eulalia, rebelde y dominadora ²⁵. Se preocupa por cómo marchan sus estudios, por sus profesoras y corrige inflexible los errores que se producen, pero también manifiesta su ternura cuando alguna de las niñas cae enferma o se halla triste, o

²³ PEDRO DE RÉPIDE: «Alfonso XII, La restauración de un trono».

²⁴ En su obra, «Alfonso XII, el rey romántico».

²⁵ Alfonso XII, la denominaba, cariñosamente: «su tirana».

cuando las contempla rodeando a la marquesa de Nájera, insistiendo en que las narre un cuento.

Se siente feliz porque ha recuperado a sus viejas y queridas amigas: la mencionada marquesa de Nájera, ahora Camarera Mayor, cuyo esposo ha sido nombrado secretario de la Princesa, y la marquesa-viuda de Calderón, pero no abandona a las nuevas: *madame* Congosto, cuyo marido ha sido designado guardajoyas de la Reina Isabel, y a la doncella austríaca, integrando así su séquito de personas allegadas a su niñez, junto a las de su reciente y doloroso pasado.

Los sucesos políticos se precipitan y, otra vez, el pueblo español busca en el cambio brusco la paz y la prosperidad que tanto ansia. El 28 de diciembre de 1874 llega a Sagunto —montado en una tartana— el general Martínez Campos. Al día siguiente proclama a Alfonso Rey de España, en un acto sencillo ²⁶. No hay resistencia porque la Restauración es un hecho que impregna el ambiente nacional; esta anécdota —entre centenares que se podrían recordar— es una expresión de ello: un pescadero, antiguo *proveedor de la Real Casa*, que para tapar las iniciales «SS. MM. y AA. RR» había pintado, al producirse «la Revolución del 68», sobre ellas, dos espléndidos besugos, ahora los borra a escape para que reaparezcan las doradas letras monárquicas.

Mientras, el joven Rey acaba de llegar a París desde Inglaterra para pasar en familia las inmediatas fiestas de primero de año. Un telegrama, redactado por una misteriosa mano femenina, le comunica la noticia de su proclamación. El interesado no la transmite a nadie, pero la notificación oficial llega, simultáneamente, a las dos Isabeles: la Reina y la Princesa. Ambas, que tantas veces reprimieron sus sentimientos, ahora no lo hacen y, espontáneamente, se funden en un mudo abrazo. La nueva etapa de la Historia de España ya tiene nombre: la Restauración.

De nuevo en España

El día 9 de enero de 1874 hace escala en Barcelona la nave que conduce al joven Rey, y el 11 desembarca en Valencia, desde donde, al igual que lo hiciera en 1814, su abuelo, el rey Fernando, emprende el regreso a la capital de España, donde llega el 14, penetrando, montado en un caballo blanco, por la puerta de Atocha para seguir la carrera, que tantas veces había servido para las entradas regias por: Trajineros, el Prado, calle de Alcalá hacia la Puerta del Sol, camino de Palacio. Entre el clamor popular avanza el monarca adolescente —diecisiete

²⁶ PEDRO DE RÉPIDE: Obra ya citada.

años— tremolando en su diestra la teresiana ²⁷. El público lo recibe con alborozo; es, sin embargo, casi la misma gente que hace pocos años gritaba enardecida que se marchara la madre (la versatilidad de siempre de las masas).

Pronto Cánovas, primero en declaración ante el Congreso, y enseguida a través de carta, requiere la presencia en Madrid de la Princesa Isabel; lo hace, por un lado, porque juzga necesario que regrese para apoyar al hermano y también para sacarla del ambiente del Palacio de Castilla, cada vez más enrarecido por las intrigas que allí se fraguan. La Princesa, que tiene veinticuatro años, desembarca en Cartagena el 6 de marzo de 1875 y, tras unas horas de estancia en la ciudad murciana, de agitada actividad: besamanos, Te Deum y visitas al Arsenal y diversos centros benéficos, el séquito sube al tren nocturno. En la recepción del día siguiente, el público madrileño la acoge con gran entusiasmo. Alfonso intenta colocarla a su derecha, pero ella le hace rectificar con estas palabras: «Mi sitio es a tu izquierda». Una vez más se manifiesta su gran sentido por el protocolo, en cuya materia se la considera siempre toda una autoridad, hasta el punto de que, cuando surge una duda en las ceremonias palatinas, su opinión es siempre la que prevalece.

Ya está en su Madrid... en Palacio y en una misión que le agrada: proteger a su hermano. Hay que reorganizar la vida palaciega y lo hace con asombrosa eficacia, sin olvidar sus deberes de representación y aún tiene tiempo para ocuparse de obras sociales y desempeñar casi todas las presidencias de las entidades que se dedican a tal misión. Suele decir: «en el siglo XX no basta nacer príncipes, ni ser buenos; es preciso que, por el amor de las gentes, se alcance popularidad». En cierta ocasión, va con sus hermanas al Teatro de la Zarzuela, donde se representa la obra lírica titulada «El molinero de Subiza», libreto de Luis de Eguílaz y música del maestro Oudrid, y en el que interviene un personaje llamado *Rotrón*, que se consagra al servicio de don García Ramírez para que éste logre ser rey de Navarra. Desde este momento y por idea de la infanta doña Paz, sus familiares llaman con dicho nombre a la Princesa y hasta ella misma lo utiliza como seudónimo para firmar algunas cartas.

A mediados de 1876, y a través del embajador español en Viena, el duque de Tetuán, se realizan dos intentos para casar de nuevo a la Princesa. Es elegido en primer lugar el archiduque austriaco Luis Salvador: soñador, dedicado a los libros y a los viajes. No acepta. El duque de Tetuán confiesa su fracaso: «No se puede contar con el archiduque, original en exceso». El otro candidato es el príncipe Arnolfo: reflexivo, calculador, amante de la milicia, que desea antes de dar su consentimiento conocer su posición futura. Fracasa la negociación. A la Princesa no le disgusta mucho este doble y fallido intento de matrimonio, por-

²⁷ PEDRO DE RÉPIDE: Obra ya citada.

que lo que se intentaba de verdad era una alianza austro-española, que se realiza poco después ²⁸.

El 23 de enero de 1878 se celebra en Madrid la boda del Rey con su prima, María de las Mercedes Borbón y Orleáns, hija de los duques de Montpensier, quien, a pesar de esta procedencia —que tan negativo papel había desempeñado en los sucesos de la reciente historia— y de su breve reinado —cinco meses— sabe ganarse el afecto de los madrileños. Isabel se lleva a las mil maravillas con su dulce cuñada, pero Mercedes dura poco. Mientras que el pueblo llora la pérdida de la Reina, la Princesa vuelve a dirigir la vida interna de Palacio.

Las razones de Estado imponen al monarca un nuevo matrimonio, que se celebra el 29 de noviembre de 1878 con doña María Cristina de Habsburgo y Lorena, procedente de la corte austríaca, de aún más solemne y cerrado protocolo que la española. El 11 de septiembre de 1880 nace una niña, a la que se impone el nombre de María de las Mercedes: era la nueva Princesa de Asturias. Por ello, Isabel dejaba de serlo, y esta vez, definitivamente, refugiándose en su condición de Infanta. Actúan como padrinos de la neófita: el Papa León XIII, que se hace representar en la ceremonia, y la Infanta Isabel, que, por ello, afirma, con su peculiar gracejo: «que era *comadre* del Pontífice».

El 25 de noviembre de 1885 muere Alfonso XII. Su integridad y sentido de la responsabilidad afloran en su lecho de muerte, al exclamar: «¡Qué conflicto! ¡Qué conflicto!» ²⁹. Dos días después jura el cargo doña María Cristina como Regente del Reino. Tiene tan sólo treinta y siete años. Cuenta con una amiga: la Infanta Isabel, que afirma textualmente: «Ahora todos tenemos que arrimar el hombro para ser dignos de nosotros mismos».

Remanso de una vida

Y, en verdad, que la *papeleta* que se presenta a doña María Cristina es extraordinariamente difícil, al colocar junto a sus tocas de viuda el peso de las responsabilidades del poder real. Joven, desprovista de experiencia política; ajena al juego de ideas e intereses de que tiene que ser árbitro; en tierra extraña, donde se la ha recibido sin afecto; sin un hijo varón, de no ser el fruto de su actual embarazo ³⁰; rigiendo un país: que se infla de entusiasmo y se llena de pesimismo con idéntica facilidad, en constantes luchas internas y con un lejano imperio, fruta codiciada por países poderosos. La Regente —«Crista», familiarmente— sólo cuenta para hacer frente a este panorama tan desolador con la

²⁸ AGUSTÍN DE FIGUEROA: «La Sociedad Española bajo la Restauración».

²⁹ JOSÉ MANUEL CUENCA: «Historia de España» (segundo tomo).

³⁰ MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO: «Historia política de la España Contemporánea.»

aquiescencia de Cánovas y de Sagasta —unidos por el patriótico *Pacto del Pardo*—, con su firme carácter y con su gran sentido del deber; lo que no le impide, sobre todo en los primeros momentos, sentirse inerme y bruscamente cargada de responsabilidades. La Infanta Isabel —que conoce bien todo ello— inmediatamente se considera obligada a la más estrecha colaboración con «Crista», colocándola en primer término para ella situarse en un segundo, expresión de su respaldo moral. Estas dos mujeres, de fuerte temperamento, llegan a entenderse a la perfección en servicio a la Corona.

17 de mayo de 1886. *Todo Madrid*, expectante, en espera tensa en la Plaza de Oriente. Poco después del mediodía, una batería emplazada en los jardines del Campo del Moro, inicia las salvas reglamentarias (quince, señalan el nacimiento de una infanta; veintiuna, el de un varón que, dadas las circunstancias será, automáticamente, rey). Al estallar la que hace la número dieciséis, la Plaza de Oriente es un clamor. Rápidamente, el alborozo de la noticia sacude a toda España. Días después, se imponen al niño los nombres de: Alfonso, León, Fernando, María, Santiago, Isidro, Pascual y Antón. (La Historia le reconocerá, sólo por el primero, añadiéndole el número trece). También, en esta ocasión, la madrina es la Infanta Isabel, a la que el pueblo, cariñosamente, empieza a llamar: la CHATA.

Dentro de la familia, la infanta Eulalia critica el ambiente que se respira en Palacio durante la minoría del Rey y, especialmente, lo hace con dureza al comentar la actuación e influencia de su hermana Isabel ³¹.

La correspondencia que mantiene la Infanta con doña Paz (1886-1910), que Ortego-Morejón resume en la obra ya citada, reflejan las dos facetas en que se mueve su vida: la oficial, que es historia, y la familiar, que es sentimiento y actividad. En la primera, junto a la crónica de viajes y visitas, se vislumbran las difíciles circunstancias políticas por que atraviesa el País, y se hace dolor y rabia al comentar el «Desastre del 98». La faceta que se refiere a su vida particular —abigarrada y de escondida ternura que, a veces, se desparrama, sin quererlo— lo comenta todo: la muerte del padre en Epinay, la de su madre, poco después, la de *madame Congosto*, el cotilleo familiar, los recados que le dan, las peticiones que la hacen, los regalos que envía, las reuniones de las Juntas que preside, los temas relacionados con la música y las novedades teatrales y un etcétera interminable, todo ello revuelto, que constituye un valioso sicograma para futuros biógrafos.

El 17 de mayo de 1902 es fecha importante porque en ella se declara la mayoría de edad del rey Alfonso XIII. Días después, la Infanta Isabel abandona la residencia regia para ir a ocupar el palacete que ha adquirido en la calle de Quintana, construido, a mediados del siglo diecinueve para residencia de los con-

³¹ INFANTA EULALIA DE BORBÓN: «Memorias (1864-1931).»

des de la Cerrajería. En este edificio vive sus últimos veintinueve años de existencia. (Junto con la correspondencia a que acabo de aludir, el estudio de lo que fue aquel hogar ³², constituyen las fuentes más valiosas para realizar un profundo conocimiento del perfil humano de la Infanta). El *hull*, con el techo de Benlliure, en el cual figuran las provincias españolas, dejando caer flores sobre los visitantes. La escalera de mármol. El *salón de recibir* donde son introducidos los invitados a las audiencias, por el viejo Manolo, que ya está un poco *chocheando*. También en esta *Planta Alta*: El *salón blanco*, iluminados con los candelabros, regalo del rey Francisco. El *salón imperio* donde se hallan las *fajas santas* enviadas por Pío IX y el arca en que la Infanta guarda sus secretos más íntimos. El *comedor*, adornado con tapices —procedentes de cartones goyescos— y en cuyos anaqueles hay servicios de plata y porcelanas de Sèvres. La *Capilla*, inspirada en la de don Alvaro de Luna de la catedral toledana. La *Sacristía*, que conserva el solideo del Pontífice antes mencionado. La *Alcoba*, con una «Santa Catalina», de Zurbarán, velando los sueños de la Infanta y, en un relicario, el azahar que llevaba la reina Mercedes en su boda y un trozo de su cabello. En el *tocador*, junto a la efigie de la perrita «FLY», regalos, recuerdos, retratos de Primera Comunión. El *despacho*, con fotografías del hermano fallecido y una placa con cinco botones eléctricos; en cada uno de ellos, un nombre, «Coello», «Fort», «Morilla», «Lasilla» y «Furriera». *Salón de Conciertos*, utilizado, también, para despachar la correspondencia auxiliada de su dama, y con su espléndido piano de cola y retratos de músicos, así como partituras. En el *cuarto de huéspedes* se hallan, vaciadas en cera, las manos de «Crista» y, también, la suya. Las *galerías* son museos de arte y de recuerdos entrañables, no faltando: jarrones de Segovia, cerámicas de Talavera y nostálgicos abanicos. La *Planta Baja* está ocupada por: los *salones particulares de la Marquesa de Nájera*, el *teatro y saloncillo*, la *biblioteca*, con el señor Larrinaga, del amable encargado, y... ¡el *cuarto de los pájaros!*, un verdadero remanso de paz.

La vida de la Infanta en este palacete ser regía, aproximadamente, por este horario, *Ocho y media*. Desayuno —chocolate o café— y pan con mantequilla. Misa en la Capilla oficiada por el padre Morlans, rector del Buen Suceso. Despacho de correspondencia con su dama. *Once horas*. Las audiencias: Saludo masculino, reverencia de minué en las señoras. «Siéntese usted». Sonrisa alentadora, con revista al traje del recién llegado: alguna pregunta vaga en conversación inocua; nuevo saludo y reverencia; final de la entrevista. *Catorce horas*. Almuerzo con el oficial que manda la guardia y con el secretario o su dama de compañía. Breve descanso. Paseo en coche, una jardinera, tirada por cuatro jacas que cruzaban como una flecha los caminos de El Pardo y de la Casa de Campo.

³² GRACIÁN GARCÍA DE LA MONTÓYA. Obra ya citada.

Ventiuna horas. Cena con las hermanas Beltrán de Lis y, anteriormente, con la marquesa de Nájera. Los días festivos el almuerzo se celebra en Palacio.

Madurez

El día 31 de mayo de 1906 se celebra en la iglesia de San Jerónimo el Real, de Madrid, la boda de don Alfonso con la bellísima princesa Ana de Battemberg, convertida en Victoria Eugenia por su bautismo. Cuando el cortejo regresa a Palacio por la calle Mayor, desde un balcón de la casa número 88, el anarquista Mateo Morral lanza una bomba, dentro de un ramo de flores, al paso del cortejo y una veintena de muertos y un centenar de heridos riegan de sangre los adoquines de la calle y el vestido nupcial de la Reina. Los contrayentes resultan ilesos. Con el ánimo que es presumible llega el séquito a Palacio. Todo es confusión. Una vez más, es la Infanta Isabel quien impone tranquilidad, dando con energía las órdenes para que se realice el ceremonial previsto, sin variación alguna.

La mayor satisfacción que experimenta en su larga vida al servicio de la realeza es, sin duda, cuando preside la representación que España envía a orillas del Plata, para participar en las fiestas del Centenario de la República Argentina. Figuran en el séquito: el notable pintor González Bilbao y el director de LA EPOCA, marqués de Valdeiglesias. A ellos, les debemos, respectivamente, el retrato de la Infanta —cabellos blancos, gruesa, rostro sereno y bondadoso— en momentos tan importantes y felices, y el relato minucioso de lo ocurrido³³, salpicado de sustanciosas anécdotas que reflejan su tacto diplomático y su gran perspicacia mundana.

El barco en que realiza la doble travesía es el «Alfonso XII» y está mandado por el capitán Deschamp. A la llegada del puerto argentino, el vapor «Paris», en una falsa maniobra, lo aborda y, con la fuerza del choque hace que veinte de sus pasajeros caigan sobre la cubierta del «Alfonso XII». Al verlos, la Infanta apostilla con humor: «Los primeros españoles que vienen a saludarme vienen como llovidos del cielo.» (Como reminiscencias de este viaje inolvidable, se guardan, entre otras: en el palacete de la calle de Quintana, un retrato suyo vestida de marinero, con su firma y estas palabras escritas, «Recuerdo de un viejo lobo de mar», y en sus caballerizas, cuatro corceles, regalo de las damas de honor, que había nombrado el Presidente de la República, Figueroa Alcorta, para que la acompañaran durante su estancia; designación que ellas —engreídas porteñas— aceptaron a regañadientes, pero que, en cuarenta y ocho horas, capitularon, entregándola su afecto, ante la habilidad, cortesía y señorío de la ilustre visitante, así como por su maestría en el uso oportuno de la dádiva y de la lisonja).

³³ «La Sociedad Española (1875-1949) vista por el MARQUÉS DE VALDEIGLESIAS»

Comienza el estío. Isabel se traslada con su fiel Coello, en tiempos, con Lola Nájera, después con la hermanas Beltrán de Lis, al Real Sitio de San Ildefonso, en cuyo Palacio, ocupa un pabellón anexo. Es la reina indiscutible de La Granja, ningún lugar está tan presente en su vida, durante cerca de sesenta años de ininterrumpido veraneo. Detalles curiosos, fortaleciendo tradiciones, caracterizan su estancia: en los años de fines de siglo, la fiesta de los niños, en que éstos recogen los regalos, colocados en los árboles de la alameda; el reparto de la tortilla a los pobres; las funciones teatrales de aficionados; las pintorescas excursiones y paseos en coche que ella misma conduce; las visitas a los conventos de Segovia; el consabido almuerzo en la Boca del Asno; el cotillón del Tiro; las fiestas de San Luis en las que preside los juegos de las aguas de las fuentes, y, sobre todo, ¡el *corro grande*!, lo más selecto de la colonia veraniega tiene como alto honor, ser admitida a esta tertulia matinal¹⁴ ¹⁵ en que la Infanta recibe a todos con afecto, preguntándoles y dando consejos porque una de sus debilidades es disponer y reglar la vida de cuantos la rodean.

Mientras tanto, nubarrones ensombrecen el horizonte hispano; se agitan las pasiones en las luchas políticas y sociales y Barcelona se baña en sangre y vive en desorden en la trágica SEMANA; Marruecos vuelve a ser una pesadilla para las madres españolas; Cánovas, Canalejas y Dato —tres nombres claves— mueren en estúpidos atentados. Es que el mecanismo de la Restauración se cuarteo por doquier.

Ocaso

La duración de la Dictadura del General Primo de Rivera sirve para aunar a la oposición —por otra parte, muy heterogénea— y sus impugnaciones y ataques —y esto da una peculiar gravedad a la situación— se alzan, cada vez más descarados, contra la misma Corona y ello se hace incluso por algunos que fueron ministros de sus gabinetes.

Llega la inevitable decadencia, traída por la edad. El aspecto de doña Isabel baja por momentos: se duerme en público; ya no monta a caballo ni guía su jardinera; enflaquece, va encorvando su cabeza sobre el pecho, aumentando su parálisis de brazos y de piernas; gruñe como un viejo león, y para trasladarse tiene que utilizar un sillón de ruedas, pero ello no impide, que siga moviéndose de aquí para allá.

¹⁴ MELCHOR ALMAGRO SAN MARTÍN: «La Pequeña Historia. Cincuenta años de vida española (1880-1930)»

¹⁵ MERCEDES ESCOBAR: «La infanta Isabel en la Granja», artículo publicado en la revista *Arte Español*, en el número reseñado.

12 de abril de 1931. Unas simples elecciones municipales, por una serie de circunstancias, se transforman en plebiscito contra la monarquía, al conseguir la victoria las candidaturas republicanas, si no en números absolutos en el censo nacional, sí en las grandes ciudades españolas.

El día 14, su sobrina doña Beatriz de Sajonia —que ya no la abandonará— comunica a la Infanta el advenimiento de la República. El 19 sale de la próxima parroquia de San Marcos, la procesión del Buen Pastor, portando el Santísimo Sacramento. Al pasar por la calle Quintana, doña Isabel percibe el ruido y, al enterarse de la causa que lo motiva, ordena que la coloquen una mantilla negra y, en su carrito, con una vela en la mano, contempla emocionada, desde el balcón principal del Palacio, el desfile de la modesta comitiva religiosa. Alguien grita: «¡Viva la CHATA!» lo que la impresiona profundamente porque no ignora que es la última vez que la llaman con el cariñoso remoquete.

La República, conmovida por el estado de salud y por la avanzada edad de la Infanta y sabiendo lo que la ama el pueblo, quiere evitarle las amarguras del exilio —a donde ya ha partido el resto de la familia— y la autoriza a quedarse en Madrid; pero ella, considera que su deber es seguir el destino de los suyos y se prepara a realizar el viaje que sabe que no tendrá regreso. Dicta las disposiciones oportunas para que su magnífica colección de «talaveras» pasen a un museo³⁶, a través de la donación que hace al nuevo Gabinete. Llama a su asesor musical y querido amigo, el maestro Emilio Serrano, para que la acompañe y conduzca el carrito de ruedas, con objeto de ir despidiéndose de cada habitación del Palacio. Al lento paseo, van despertándose los recuerdos de casi ochenta años.

El viaje a París, se realiza por Hendaya. La acompañan: el doctor Varela, María Cuevas, la mencionada infanta doña Beatriz, Margot y Coello. El monarca, antes de abandonar Madrid, había recomendado: «No dejéis sola a la tía Isabel. Está muy mala. Decidle que *no se apure de dinero*.» A pesar de esta advertencia, cuando ella pasa la frontera francesa, lleva en el bolso *doscientas pesetas* solamente. Llega el día 20 a la estación parisina. No hay nadie esperándoles. Se establecen en el número 17 de la rue de la Assomption, en Auteuil, cerca de París; un establecimiento, mitad pensión, mitad convento, regido por la eficiente madre Dolores Loriga, hermana del conde de Grove. Unas breves visitas a la enferma: por un lado, de la Reina y de las infantas, y, por otro, del monarca. El 22 ya se halla gravísima. Muere al día siguiente, sin agonía. La asiste espiritualmente, el misionero padre Julián; la rodean en sus últimos momentos: don Francisco Coello, jefe de su Casa; Margot Beltrán de Lis; la enfermera Angela Santos; su doncella, María Cuevas, y la superiora, madre Loriga. Nadie más.

³⁶ El Arqueológico Nacional. MANUEL ESCRIBA DE ROMANÍ: «Semblanza de S.A.R., la Infanta de España, doña Francisca Isabel de Borbón y Borbón», artículo publicado en el mismo número de la revista *Arte Español*.

A los funerales y al entierro de la Infanta —realizado en el panteón de los señores de Quiñones de León, embajadores de España en París— asisten contadas personas.

Semblanza

Su aspecto está reflejado en múltiples fotografías publicadas en la prensa de la época y en las abundantes de carácter familiar, así como en una numerosa iconografía pictórica a la que nos hemos referido. ¿Cuál es la fisonomía que preferimos? ¿La infantil del cuadro de Madrazo, la juvenil del lienzo de Palmaroli o la de ya, en su decadencia, de los retratos de González Bilbao y de López Mezquita? Optamos por esta última de su vejez, por su proximidad en el tiempo —ya que todavía vivimos algunos de los que contemplamos su rostro feo, embellecido, sin embargo, por su expresión bondadosa— pero, sobre todo, porque así es como permanece grabada en el alma ingenua del pueblo.

La infanta no era muy alta, pero lo parecía menos, por su obesidad que, tras subrayar al rostro con pronunciada papada, enterrar el cuello en grasas y la rotundidad de sus senos de matrona, formaba prominente abdomen y abultadas caderas. Todo en ella era exuberante; también los brazos y las manos. En su semblante, muy isabelino, entre los ojos de un azul claro y la mandíbula pragnata, se iniciaba, tímidamente, su pequeña nariz —impropia de un Borbón—, que le valiera el cariñoso apodo popular de: la CHATA. El defecto nasal le impedía respirar con facilidad, la obligaba a mantener la boca entreabierta, mostrando parte de la dentadura. Andaba con dificultad, como es corriente en las personas gruesas, pero, cuando aparecía en público, se erguía con majestad, sin apenas esfuerzo, debido a la costumbre, y sonreía, captando, rápidamente las simpatías populares y aristocráticas ³⁷.

Sus vestidos pecaban de un barroquismo absurdo —Valle Inclán ³⁸, muy cruel, al retratar a la cotorra, afirma: «ese animal que lleva un viejo vestido de la Infanta Isabel» —y, en ellos, a pesar de la gran calidad de las telas, el buen gusto solía brillar por su ausencia. Todo ello resultaba chocante con su reconocido interés y conocimiento del Arte en sus más diversas manifestaciones.

Al referirnos a la sicología y conducta de doña Isabel —no con la extensión que exige el tema, tan interesante— conviene exponer dos directrices fundamentales: la circunstancia del hecho histórico de *haberse encontrado en dos ocasiones, en el umbral del Trono*. Durante seis años, la primera y diez, la segunda, tiene

³⁷ MELCHOR ALMAGRO SAN MARTÍN: Obra ya citada.

³⁸ RAMÓN DE VALLE INCLÁN: «Bestiario».

que ensayar el papel de reina; no lo llega a representar, pero jamás lo olvida, por eso, junto a la Regente, es quien mejor ejerce la realeza —en el viaje a Buenos Aires y en el «corro», en La Granja, lo desempeña a la perfección—, pero no desdeña, ni mucho menos los deberes que ello implica y así, casi moribunda, abandona voluntariamente Madrid, *su Madrid*, para seguir a los suyos, con las inherentes molestias e incertidumbres de todo exilio.

En este ejercicio constante de la realeza busca para la institución el máximo prestigio, con sus actos, con sus ademanes, con el pleno dominio de los nervios, en los momentos en que se siente observada por la Corte o por el elemento popular, que sabe la observa con detenimiento y que tiene a flor de labio su sentido crítico y, precisamente, de esta actitud nace el *populismo* de la Infanta, que busca adhesiones y afectos dirigidos, mas que a su persona, a cuanto simboliza y por eso se acerca al pueblo madrileño, sobre todo, y le acompaña en el carrusel sin fin de sus romerías y verbenas, yendo de mantilla a la Plaza de Toros o sonriendo feliz cuando las vendedoras de la Corredera, se abalanzan sobre su coche abierto para llenárselo de hortalizas y de flores, mientras los hombres, le envían la gracia retrechera de sus piropos.

La otra directriz es la frustración de dos grandes amores: el de esposa y el materno, en su doble sentido. Viuda durante años y años. Una madre más lejana aún en la comprensión que en el espacio. Unos hijos que no nacieron. Sin embargo, estas insatisfacciones son canalizadas en una ternura que, a veces, rebosa el alma y que se traduce en el lema de su vida: PROTEGER y AYUDAR y así lo hace, incansablemente: con Alfonso XII; con sus hermanas, aún con la malquerencia que por ella siente doña Eulalia; con el sobrino, también reinante; con sus damas, especialmente con la Nájera, un poco cascarrabias, y las hermanas Beltrán de Lis: Margot, rubia y alegre, y Juanita, morena y avinagrada, pero las dos siempre fieles; con los artistas, sobre los que ejerce un señorial mecenazgo, especialmente, con los músicos, ya que de ella obtuvieron decisiva ayuda, entre otros: el maestro Arbós y el genial Antonio José Cubiles³⁹, y, finalmente, con los feriantes que, tras la visita inaugural que la Infanta realizaba a los puestos de verbenas y romerías —donde era objeto de los más curiosos regalos— y que ella les agradecía, recordándoles: «MAÑANA OS ESPERO SIN FALTA EN MI CASA PARA COBRAR». Desde luego, que no faltaban.

Toda esta compleja personalidad, bien merece que se la dedique una rigurosa investigación para conocer mejor sus diversas facetas. Además, con ello estaremos profundizando en el conocimiento de ochenta años apasionados de nuestra reciente Historia.

³⁹ ANTONIO JOSÉ CUBILES: «El espíritu musical de la infanta doña Isabel de Borbón», artículo publicado en el mismo número de la mencionada revista *Arte Español*.